

Algunas reflexiones sobre la historia de la psicología y la formación de psicólogos

Mari Carmen Giménez
Universidad de Barcelona

En aquellos años en que a raíz de la reforma universitaria la presencia de la historia en los planes de estudio de Psicología era discutida, Antonio Caparrós fue uno de sus más firmes defensores. De entonces acá el mundo universitario ha cambiado mucho y en él apenas quedan rastros de aquel ambiente y aquellas polémicas. Pero es probable que ahora, cuando la universidad española emprende las reformas derivadas de la ley recientemente aprobada y de la integración al espacio universitario europeo, haya que replantear de nuevo la totalidad de los programas de formación.

A mi parecer, para los que seguimos creyendo que el conocimiento de la historia de la psicología juega una baza importante en la formación de los profesionales, la situación actual es propicia para reconsiderar nuestro papel en ella, plantearnos el sentido presente y futuro de nuestro trabajo y actualizar nuestros argumentos

La generosa invitación de los editores del *Anuario* a participar en este número especial de la revista, me brinda la oportunidad de compartir algunas de mis reflexiones acerca de todo ello y de contribuir, aunque mínimamente, a que el legado y el estímulo intelectual de Antonio Caparrós siga vivo entre nosotros.

El trayecto de mi exposición es fiel al que ha seguido mi proceso reflexivo: de lo general a lo particular. He elegido este recorrido con la pretensión de mostrar cada uno de los niveles en los que se fundamenta la historia de la psicología y acercarme a ella asentando cada paso. La secuencia de epígrafes responde a esta misma intención. De esa manera arribo a una suerte de síntesis o de breve conclusión final en la que intento anudar los hilos que he ido trenzando a lo largo del camino.

El origen de la historia como actividad específica

Que la actividad historiográfica se iniciara en Grecia al mismo tiempo que la filosofía y la democracia no fue casualidad. Estos tres fenómenos culturales sobre los que se fundamentaron los orígenes de la cultura occidental forman parte en realidad de un solo movimiento: el paso del *mito al logos*.

La Filosofía, en contraposición a la adivinación y otros modos intuitivos de saber, estableció la primacía de la razón, la lógica y el pensamiento sistemático como herramientas para la construcción del conocimiento, control y dominio de la naturaleza. Con la democracia, puesto que el poder es potestad de los ciudadanos quienes delegan su ejercicio en los jefes, se deslegitima la teocracia y se resquebraja el vínculo entre política y teología. A partir de ahí se entiende tanto que el sujeto humano dejara atrás un destino diseñado por los dioses y se hiciera dueño de sus decisiones y protagonista de su existencia, como la consideración de que la organización social es responsabilidad de los gobernantes y de aquellos que los designaron.

Evidentemente una transformación tan radical de la concepción que el hombre tenía de sí mismo, de sus orígenes, su posibilidad de conocer y su papel en lo social y lo político no pudo producirse de una sola vez y por completo. Los cambios profundos, individuales o colectivos, requieren tiempo, operan a través de un devenir preñado de altibajos, de crisis, de momentos estelares y momentos de declive que en conjunto constituyen un proceso, una trama en la que el diseño de lo permanente y lo cambiante se modifica de continuo. En el seno de esa dinámica, creencias y razón se contraponen en una suerte de balanceo, de manera que cuanto más se priman las creencias mayor suele ser el desprecio por los datos de la realidad y más rígidas las formas de vivir y entender el mundo. Por el contrario, la primacía de la razón y su anclaje en la realidad, flexibiliza su comprensión y posibilita su modificación.

En cualquier caso, el nuevo protagonismo de lo humano creó la necesidad y las condiciones de posibilidad para la emergencia de la tarea de historiar. Si la sociedad y el saber es competencia de los hombres, dejar constancia de ellos, de sus actos, intenciones, aventuras y creaciones, es competencia de la historia. En definitiva, independientemente de los objetivos que con ello se propusiera el autor, todas y cada una de las narraciones históricas aspiraban y aspiran a dar cuenta cabal de una parcela del devenir humano en su proceso de construcción de la sociedad y la cultura.

Interés y función de la historia

Preguntarse por la utilidad de un registro de lo vivido, la posibilidad de su evocación y su rememoración, resulta ocioso. Sin algún tipo de huella manejable por el organismo y sin alguna representación consciente de la experiencia, la vida humana, conjugada en puro presente, carece de significado.

En el plano individual, la ausencia de memoria, y en particular de memoria biográfica, tiene un efecto de vaciamiento, de lisis de aquello que nos caracteriza como sujetos de la cultura. La imposibilidad de representarse a sí mismo y de reconocerse como miembro de un grupo de referencia, situarse en una genealogía, un espacio y un tiempo, ligarse a unos antecedentes o saberse artífice de unas consecuencias, produce desasimiento y sume al sujeto en la ansiedad y en la angustia. El esfuerzo por llenar ese vacío, ese hueco del sentido, lleva a la

búsqueda de referentes, de formas de fijación que, de no hallarse, tienden a ser sustituidos por fabulaciones o construcciones imaginarias de cualquier tipo. Paradójicamente, tal fabulación puede también surgir del rechazo del recuerdo, de la incapacidad de asumir los hechos del pasado o del intento de embellecerlos o transformarlos a tenor de los deseos del narrador.

En teoría y de hecho, la memoria y la narrativa biográfica son el tejido en el que se sustenta el *self*, el yo consciente y, en general, el individuo humano como sujeto y miembro de un colectivo social. Sin ellas la conciencia es apenas un caos de representaciones incoherentes y la persona, incapaz de reconocerse a sí misma, es como una hoja empujada por vientos siempre ajenos, una hoja cuyo pensamiento, en caso de existir, se deshace en el aire.

De ahí que el esfuerzo por recordar o la evocación del pasado no surge tanto del interés por los orígenes, como de la necesidad de ubicar, de dotar de cierta unidad a la conciencia. Sólo cuando las coordenadas biográficas (reales o imaginarias) se instauran como fundamento de la propia identidad, el sujeto puede, al menos en parte, ser agente de su vida.

Tampoco en el ámbito colectivo la tarea de historiar surge necesariamente de un interés especial por tiempos pretéritos, ni del placer o autocomplacencia que pueda suponer la contemplación de supuestos avances respecto a ellos. Por otra parte, basta una somera mirada sobre la experiencia humana para privar de argumentos a quienes sostienen que el interés de la historia reside en que es guía de vida e instrumento para evitar errores.

Los motivos que a lo largo del tiempo han impulsado a la humanidad a dotarse de historia son múltiples y cambiantes. Su conjunto forma un amplio abanico que va desde el intento de legitimar el poder de los gobernantes en unos orígenes míticos, justificando así toda decisión política, hasta el de dejar constancia de la realidad pasando por una variada gama de intenciones y posibilidades cuyo denominador común es el deseo de trascender al tiempo y transmitir un legado a la posteridad.

Sin embargo, lo realmente importante, lo que de verdad justifica el interés de la historia, no son los motivos que impulsan a narrarla sino la utilidad o si se prefiere la función que tiene para las generaciones que la reciben como legado.

Cada individuo, cada grupo, cada colectivo social está inmerso en una constelación de circunstancias ubicadas a su vez en una cadena generacional que nos viene dada y nos construye aun antes de ser nosotros mismos. Para empezar a serlo es necesario discriminarse en cierto modo de la cadena, diferenciar un tiempo y un lugar que pueda identificarse con un aquí y un ahora, es decir: confeccionar alguna noción de presente distinta de la de pasado y la de futuro, tomar conciencia de la historia, representársela, dotarla de un significado que permita dar sentido al momento presente.

La historia es una forma de memoria colectiva, la inscripción y la transmisión de las señas de pertenencia, rasgos, relaciones internas y vínculos externos, que caracterizan e identifican a las entidades grupales. Mediante la narración la historia fija para la posteridad la trama sobre la que se constituyen las interacciones y los valores sociales, se devanan los hilos que permiten tejer la dialéctica de la realidad, de la continuidad y el cambio. En suma, el conoci-

miento de la historia no sólo es una necesidad inherente a la construcción de la subjetividad individual y grupal, sino que permite la comprensión de la realidad presente y la proyección de la futura, inaugura el espacio de la objetividad y hace posible que cada generación pueda operar según sus propios dictados.

Alcance y límites de la historia

Es cierto que la historia es un conjunto de interpretaciones pero también que el uso de ese enunciado para rebatir su objetividad es un lugar común que no merece comentario. Así pues, de acuerdo, la historia es interpretación, sin embargo no toda interpretación es histórica. Para que pueda ser aceptada como tal debe cumplir dos condiciones ineludibles: ser construida según unos principios y exigencias a los que, normativa y explícitamente, se atiene el historiador y ofrecer una perspectiva, de medio o largo alcance, que establezca las relaciones entre los distintos planos de la realidad en la que se ubican los hechos, y los hechos mismos, de manera que el relato resultante forme un todo coherente y estructurado en el que tanto cada elemento como el conjunto tengan sentido.

El primer requisito se refiere a la especificidad metodológica. En este nivel son relevantes desde el rigor crítico con el que seleccionan las fuentes de información, los criterios de pertinencia que subyacen a la elección de datos y la forma en que se elaboran, hasta las claves que se utilizan para generar nueva información.

El segundo implica la conciencia por parte del historiador acerca de sus propios objetivos y de la teoría sobre la acción humana a la que se adscribe y que, de una forma u otra, va a pautar la trama de los acontecimientos que plasme en el relato. Requiere también la coherencia de las interpretaciones con esas teorías implícitas, con los datos disponibles y con el conjunto de conocimientos ya establecidos sobre el tema. Exige además la contextualización de los hechos y del sentido del lenguaje, amén de un largo etcétera de cuestiones tendentes a acotar el marco de interpretación a partir del que establecer, en base a los datos, una teoría fundamentada, plausible e incluso probable acerca de lo que realmente sucedió.

Pero fundada, plausible y probable no quiere decir cierta. No hay certeza sobre el pasado como tampoco la hay sobre el presente. De forma que es lícito afirmar que, más allá del sentido pragmático del término, la verdad no es un asunto que concierna a la explicación histórica aunque no por eso deje de ser un problema para el historiador. Si por verdad se entiende la comprensión de la totalidad de factores, interrelaciones, hechos, motivos, intenciones, instrumentos y consecuencias de cualquier acontecimiento del pasado o del presente, entonces su establecimiento es una tarea imposible. Como máximo puede aspirarse a lograr un conjunto de hipótesis que globalmente nos aproximan al entendimiento de lo acontecido. En cambio, la veracidad del historiador es una exigencia deontológica que posibilita y caracteriza la buena praxis. Que el narrador se procure datos fiables y se atenga a ellos, que no se deje embaucar por las presiones internas o externas, por la conveniencia o el riesgo político de sus asertos, por las

emociones, idealizaciones, identificaciones o rechazos que suscitan los personajes o los hechos del pasado es condición necesaria, aunque no suficiente, para narrar con objetividad.

En todo caso, el aval de la objetividad reside en el método de construcción de la teoría y en la calidad narrativa de su exposición. Ambas operaciones, construcción y relato, como ya se dijo, han de ajustarse a las reglas de juego y principios normativos que caracterizan a los modos de operar de la comunidad de historiadores y que garantizan de paso la comunicabilidad e inteligibilidad de los relatos. En síntesis, la historia no descubre verdades, construye teorías explicativas con la mayor objetividad posible.

Con todo, los enunciados históricos, a diferencia de los propiamente científicos, (al menos en lo que a las ciencias naturales se refiere), no evidencian ningún principio o ley funcional que explique el comportamiento colectivo y permita predecirlo. Por más que en los procesos de la historia social puedan detectarse ciertas regularidades aparentes, el hecho es que en tanto que los acontecimientos transcurren a lo largo de un eje temporal con el que se articulan, ni los agentes, ni los hechos, ni el contexto, ni ninguno de los múltiples aspectos y relaciones que intervienen en unos y otros son invariantes. De manera que como máximo la regularidad puede referirse a algunos rasgos estructurales presentes en la constelación de factores en torno a determinados acontecimientos, pero en ningún caso suponen la repetición de los mismos y consecuentemente la posibilidad de predecirlos.

Por otra parte, una teoría histórica nunca se comprueba. Sólo se contrasta con los datos y con otra u otras teorías sobre el mismo objeto. Es decir, se confrontan dos o más interpretaciones distintas sobre los mismos hechos, teniendo por más aceptable la más potente, más completa y más fecunda, mientras que la débil pierde vigencia o se refuta. De modo que, en la medida en que cada historiador es tributario de su época, y de que, además, siempre existe la posibilidad de que aparezcan nuevos datos, directa o indirectamente relacionados con aquello que se explica, toda teoría histórica es provisional y susceptible de refutación.

La historia de la ciencia

La ciencia es una tarea pública, colectiva y continua, dirigida a la construcción del conocimiento según los principios que le son propios. También es el conjunto de saberes acerca de la naturaleza y la vida que siguiendo esos principios se ha elaborado y acumulado a lo largo del tiempo y que constituyen una buena parte del patrimonio cultural de la sociedad.

Desde el punto de vista histórico hay pues tres aspectos a considerar: los principios sobre los que se asienta el conocimiento, el trabajo de los científicos en tanto tales y el saber acumulado.

El primero se refiere a la epistemología, sus peculiaridades y sus variantes. El segundo incluye todos los aspectos que hacen posible e intervienen en la

producción de la ciencia, singularmente sus agentes directos, es decir los científicos y sus acciones, los agentes sociales que configuran el contexto de posibilidad de la ciencia, la interacción entre ambos y sus respectivas formas de obrar. El saber acumulado abarca el conjunto de ideas, conceptos y teorías ya elaboradas, su impacto, aplicaciones, derivaciones y consecuencias para la propia ciencia y para la vida humana en general.

La historia de la ciencia tiene como misión dar cuenta de ese conjunto de principios, personas, trabajos, instrumentos y teorías que a lo largo del tiempo han constituido eso que denominamos ciencia.

Tampoco en este caso explicar el pasado tiene gran interés por sí mismo. Como venimos diciendo el valor y el sentido del conocimiento histórico es que revierte en la comprensión de lo actual. Por añadidura, sólo es posible reconstruir la historia desde la óptica del presente puesto que las trazas, los datos, las fuentes y todos los vestigios del pasado están inscritos en su trama. Textos, aparatos, objetos, testimonios, restos y cualquiera de los soportes en los que se expresa la ciencia aportan luz si existen y son asequibles hoy, de lo contrario y a lo sumo son parte de alguna leyenda. De forma que para descifrar los signos que permiten construir la historia de una disciplina es imprescindible conocer, disecionar y analizar la estructura de su presente.

Del mismo modo que en el devenir de la humanidad el mito va siendo sustituido por la historia, en el ámbito de la historia de la ciencia, la glorificación de los científicos y su tratamiento de héroes (casi míticos) va siendo desplazada por la consideración de la ciencia como actividad colectiva y también como emergente de la dinámica social y el esfuerzo solidario y mancomunado de los científicos y la sociedad que los sustenta.

Ciertamente los científicos pueden ser, y en ocasiones son, sabios pero no héroes. Por relevante que haya sido y sea su contribución al conocimiento son subsidiarios del contexto que hace posible su trabajo, del entramado de relaciones, transmisiones y colaboraciones con sus colegas, con las instituciones que les proporcionan recursos y con la sociedad en general. Los científicos son en fin trabajadores, constructores, intérpretes de la realidad según un código compartido y unos métodos determinados.

En la medida que esto es así, los cambios que se constatan en la producción científica no siempre son consecuencia directa de la actividad en sí misma ya que pueden ser atribuibles a variaciones ocurridas en cualquiera de los ámbitos de los que dicha actividad depende. Tal solidaridad entre ciencia y sociedad obliga a contemplar la historia de la ciencia en dos planos interdependientes: el interno y el externo. El interno, es decir, la actividad propia y cotidiana de los científicos, viene modificado, además de por factores relativos al contenido de su trabajo, por motivos, intereses y características personales de cada autor, así como por el lugar que éste ocupa en la jerarquía de la comunidad científica y la influencia que tenga en ella. El externo se refiere a las condiciones sociales, económicas y políticas que posibilitan y condicionan el desarrollo de la ciencia y, que en general, determinan sus objetivos y sus recursos.

Otra forma de acercamiento a la historia de la ciencia, especialmente en lo que se refiere al saber acumulado, es la consideración de las teorías científicas

desde el punto de vista del discurso. Esta óptica permite poner de manifiesto el encadenamiento, la estructura y la retórica específica que hace a la ciencia en general y a cada ciencia en particular, los principios normativos, los contenidos y los elementos que explícita o implícitamente intervienen en su confección.

Pero cualquiera que sea la perspectiva que se tome y desde la que se determinen los factores relevantes, la cuestión central a dilucidar en historia de la ciencia es la noción misma de cambio. En efecto, cualquier modificación, cualquier pequeño matiz diferencial en las condiciones y el desarrollo de la acción investigadora o en sus productos es de hecho un cambio, empero su importancia es relativa a la dimensión y relevancia de las consecuencias que genera. Hay, sin embargo, otro tipo de irrupciones que han representado, inmediata o paulatinamente, una transformación importante en el desarrollo científico, sea abriendo un nuevo campo de estudio o sea variando los planteamientos y la trayectoria del proceso normal. Si estos cambios son revolucionarios o evolutivos no es un tema a desarrollar aquí, pero en todo caso hay que decir que su relevancia sólo puede calibrarse a posteriori, a través de su impacto. Es decir, su existencia y evaluación requiere de la perspectiva temporal suficiente para estudiar su consistencia e incidencia.

La historia de la psicología

Aunque desde la antigüedad encontramos hipótesis y teorías psicológicas en marcos referenciales distintos, la inclusión de la psicología en el ámbito científico no tuvo lugar hasta finales del siglo XIX. En este sentido puede considerarse más moderna que aquellas otras disciplinas surgidas como consecuencia de la revolución científica, que se institucionalizaron durante el XVII y el XVIII.

En tanto que ciencia, la psicología se instaura en el punto de intersección de una serie de discursos provenientes de esas otras disciplinas ya consolidadas, que se cruzan en la noción de conciencia: el discurso filosófico (empirismo y asociacionismo), el discurso biológico (evolución), el discurso médico (salud, morbilidad), el físico y el psicofísico (óptica, sensación y percepción), el fisiológico (sistema nervioso, localizaciones cerebrales), el legal, e inclusive el pedagógico. Cada uno de estos discursos manejaba un concepto de conciencia propio, elaborado de antemano a partir de categorías acordes con su perspectiva y objetivos. Pues bien, a fin de posibilitar un desarrollo disciplinar unitario y coherente, los pioneros de la psicología científica, agrupados en torno a Wundt, asumieron la tarea de construir un discurso nuevo, integrador y distinto que articulaba y jerarquizaba las concepciones previas y que tomaba como objeto de estudio a la experiencia: una versión renovada de la conciencia, sus elementos, sus procesos, sus producciones y métodos que, aunque híbrida, era mucho más integradora y específica.

La nueva ciencia, amparada institucionalmente en la filosofía, incorporaba y adaptaba los presupuestos metodológicos de la fisiología y se planteaba tanto el programa de investigación de la psicofísica, centrado en los procesos

simples de la conciencia, como el concerniente a los procesos complejos, mucho más original, holístico e innovador.

La fecundidad y la trascendencia que tuvo la propuesta están fuera de toda discusión. El entusiasmo y el rigor de los nuevos psicólogos se tradujo en la creación casi inmediata de una comunidad científica extensa y organizada, cuya amplia producción se difundió rápidamente por los principales países europeos y por Norteamérica. Sin embargo, la pretendida unidad duró relativamente poco. En efecto, en los albores del siglo XX, al mismo tiempo que el estatus científico de la psicología se consolidaba, la comunidad de psicólogos se disgregaba en diferentes escuelas, cada una de las cuales o bien redefinía de nuevo los principios en los que fundamentar su edificio teórico, o bien enfocaba el estudio de la conciencia desde puntos de vista diversos y en la práctica irreconciliables entre sí.

Ya hemos avanzado que la psicología nace de la hibridación de discursos, pero la naturaleza y la definición de su objeto permite que, a lo largo del tiempo, cada uno de ellos siga conservando cierto papel, cuanto menos para dar cuenta de alguna de las dimensiones que es dado contemplar en los fenómenos conscientes. Así, por ejemplo, los temas fisiológicos son entendidos como soporte y como límite de dichos fenómenos, pero cualquier intento de describirlos, explicar cómo se producen y eventualmente medirlos, exige previamente el análisis e identificación de los elementos que intervienen en ellos. De ahí arranca una primera distinción entre contenidos y procesos que ya está presente en el mismo Wundt. La dificultad comienza en que así como los procesos pueden ser provocados en condiciones controladas y registrados directa o indirectamente, los elementos, además de ser sólo asequibles a la introspección, se asimilan a categorías definidas de antemano en el discurso filosófico previo. El declive del planteamiento wundtiano adquiere carta de naturaleza precisamente en el momento en que se intentan redefinir esas categorías desde su propio discurso.

Por otra parte, la adopción del punto de vista fenomenico por un sector de la comunidad de psicólogos restó sentido a los esfuerzos por identificar los elementos estructurales que intervenían en los procesos, de forma que el planteamiento analítico de aquella primera psicología tampoco resistió el paso del tiempo.

No sin razón, se dijo además que la psicología de Wundt se limitaba a la del hombre adulto, normal y de raza blanca. La experimentación con otro tipo de sujetos, que se inició como respuesta a esa limitación, propició líneas de trabajo inéditas tales como las características de la conciencia en las diferentes etapas del proceso vital, la continuidad o discontinuidad entre ellas, su génesis y su deterioro, la comparación entre especies y entre grupos, etc.,

Con la influencia del evolucionismo y de la incipiente psicología animal, el estudio de las diferencias en la conciencia humana dio lugar a la psicología comparada y con ella a temas tan importantes como la función general de la conciencia, sus manifestaciones en contextos naturales, su dependencia de la estimulación ambiental y social, el aprendizaje etc.

Al mismo tiempo que la investigación psicológica ampliaba su campo teórico se potenciaba la creación de herramientas y técnicas aptas para dar respuestas útiles a demandas concretas emanadas del contexto social. En función de ello se abrió un amplio espectro de ámbitos de trabajo científico y profesional que

dieron lugar a distintas especialidades, más o menos alejadas de los núcleos de investigación tradicionales, y más proclives a potenciar mercados de trabajo y oportunidades laborales para los psicólogos.

En el primer tercio del siglo XX, Watson, ante la diversidad del panorama ofrecido por la psicología, propone un cambio radical: abandonar la conciencia como objeto de estudio y sustituirlo por la conducta. Frente a la conciencia, el estudio de la conducta permitía establecer un programa objetivo acorde con las exigencias del positivismo imperante en las concepciones científicas más prestigiosas del momento. Hasta los años sesenta la nueva opción y sus posteriores derivaciones arrastraron consigo a buena parte de los psicólogos, especialmente los anglosajones, pero, seguramente porque la renuncia a la conciencia, además de suponer la ruptura con una larga y rica tradición, impedía resolver cabalmente algunos problemas centrales del comportamiento humano, ni se impuso del todo a los planteamientos anteriores acerca de la conciencia, ni impidió la aparición de abordajes nuevos.

Si, como sostenía Watson, el problema central de la psicología era la dificultad de estudiar la conciencia desde los requerimientos de cientificidad al uso, más que renunciar a ella se imponía la necesidad de establecer sus parámetros y arbitrar métodos más adecuados.

En efecto, la crisis del conductismo y las posibilidades epistemológicas que ofrecía el neopositivismo dieron lugar a la gestación de las alternativas cognitivistas que hoy están en vigor, con las que a la vez que se recupera la conciencia se adoptan modelos de análisis procedentes de otros campos del saber que, si bien en principio parecen alejados de la psicología, resultan concomitantes con ella.

A pesar del potencial explicativo del filón cognitivista, en la psicología actual continúan conviviendo una notable variedad de planteamientos, o si se quiere paradigmas, paradigmas o modelos que aunque con esporádicos encuentros, apenas se conectan entre sí,

Aunque la diversidad no es una característica exclusiva de la psicología, en su caso llama la atención la amplitud que ha adquirido y el hecho de que ninguna de sus variantes haya desplazado definitivamente a las demás. A pesar de que en distintos momentos de la historia hubo intentos encaminados a conseguir una postura unitaria, jamás se llegó a una integración suficiente como para permitir una delimitación clara de la identidad de este campo del saber y de sus agentes profesionales. De forma que en los inicios del siglo XXI, la psicología sigue ofreciendo un mosaico de enfoques que, aunque fructíferos, se desarrollan con total independencia unos de otros. Además de los factores puramente internos que puedan explicar el surgimiento de cada opción, cabe considerar la hipótesis de que la diversidad de la psicología derive tanto de la estructura de sus conceptos fundamentales, como de la necesidad de competir con otras disciplinas en la ardua tarea de dar respuesta a los múltiples problemas psicológicos y sociales que genera el vertiginoso ritmo de transformaciones ideológicas, científicas y técnicas que vivimos. Si bien todo ello hace más y más compleja la psicología, también es su mayor impulso para la creación de herramientas conceptuales y alternativas técnicas con las que actuar eficazmente en los innumerables ámbitos en los que desarrolla sus intervenciones profesionales.

La historia de la psicología en la formación de psicólogos

El objetivo de la enseñanza universitaria es formar ciudadanos competentes en el ejercicio responsable de las tareas científico profesionales de las ramas del saber que cada institución contempla. Para ello la universidad ofrece programas de pregrado y de postgrado. Los primeros proponen el nivel de formación básico que corresponde a la licenciatura, mientras que los segundos, doctorados y maestrías, se orientan a la profundización y actualización de los conocimientos adquiridos previamente en el contexto académico o en el profesional.

Se supone que, a lo largo de sus estudios, los egresados universitarios tienen que adquirir, comprender y dominar el saber acumulado que corresponde a la ciencia en la que pretenden profesionalizarse; han de manejar el lenguaje y las estrategias intelectuales propias del pensamiento y el modo de obrar científico; han de aprender a investigar problemas teóricos y prácticos. Necesitan entrenarse en el análisis de situaciones, prepararse para elegir, confeccionar y aplicar instrumentos y técnicas aptas para responder profesionalmente a las demandas que sus clientes les puedan plantear. Además han de saber evaluar críticamente los resultados de su propia actividad y aprender a regular sus intervenciones según las exigencias deontológicas de la comunidad científico profesional en la que definitivamente van a integrarse. Finalmente, por si fuera poco, han de ser conscientes de que la formación, reglada o no, es un proceso abierto, una necesidad y un deber personal que les compromete de por vida.

Evidentemente conseguir todo esto requiere gran esfuerzo por parte de todos: de los estudiantes, los docentes, la organización y gestión universitaria y de la administración. En todo caso no hay duda de que, con independencia de cuestiones coyunturales, demográficas, políticas, sociales, económicas e institucionales que por añadidura afectan a la programación y al quehacer cotidiano de docentes y estudiantes, la formación universitaria reviste gran complejidad. Pero si además se refiere a una disciplina tan intrínsecamente heterogénea como es la psicología, la dificultad es mucho mayor.

Empezaré por decir que el camino que otras ciencias hicieron a lo largo de tres siglos, ha sido recorrido en apenas uno por la psicología. Esto tiene distintas e importantes consecuencias didácticas, tales como la escasa profundidad crítica con la que se encarán algunas teorías, el abandono poco justificado de temas tildados de clásicos a favor de temáticas supuestamente novedosas, la pobre diferenciación entre lo que es básico en la formación y lo que no lo es, o la carencia de espacios de reflexión y crítica epistemológica.

La complejidad es también mayor porque la multiplicidad de planteamientos simultáneos, de enfoques divergentes, de metodologías distintas y de aplicaciones dispares que se desarrollan dentro de la psicología, hace prácticamente imposible tanto establecer una jerarquía clara como tratar a todos ellos con igual profundidad. De manera que, a menudo, a la hora de confeccionar un programa de estudios, los docentes nos vemos obligados a hacer una selección de materias, tópicos y prácticas, sin que los criterios para ello sean siempre explícitos o siquiera compartidos unánimemente por la totalidad del claustro de profesores. Por si fuera poco, la importancia relativa que pueda tener el trabajo

sobre conocimientos largamente asentados en relación con aquellos otros que derivan de investigaciones recientes o de rabiosa actualidad, tampoco queda excesivamente clara.

Por otra parte, las facultades de Psicología, como el resto de centros académicos, especialmente en la universidad pública, han de asegurar sus posibilidades en base a su competencia y competitividad en investigación y rendimiento docente que se calibran a través de indicadores objetivos aplicables a todos los centros que son afines. Ahora bien, dada la ambigüedad de la psicología resulta difícil llegar a un acuerdo acerca de cuáles sean sus disciplinas afines. Así, por ejemplo, en algunos aspectos se considera que es comparable a las Ciencias de la Comunicación, en otros a las Ciencias de la Salud, en según qué asuntos se nos asimila a las Ciencias de la Educación y así sucesivamente.

La exigencia de resultados mensurables y la diversidad de criterios con que se evalúan influyen también en la dinámica interna de departamentos, en las relaciones profesionales entre sus componentes que, en general, están prioritariamente ocupados en producir y en asegurar para sí o para los suyos las mejores condiciones de acceso a las escasas oportunidades de promoción que se les ofrecen.

De manera que la mayor o menor relevancia de algunos temas dentro de la globalidad del plan de estudios no siempre responde a la coherencia de la formación sino que a menudo es efecto de la correlación de fuerzas que deriva de la dinámica interna de los centros y de su relación con otras instituciones.

Si bien algunas de las cuestiones que enumero afectan a toda la universidad y se reflejan en la mayoría de sus programas docentes, entiendo que en el caso de la psicología, sus efectos se suman a los que, como antes he mencionado, se derivan de la complejidad intrínseca que la caracteriza.

Sin embargo, a pesar de todas las dificultades, es cierto que los estudiantes adquieren una muy buena formación que, por otra parte, es incomparablemente mejor que la que recibían hace unos cuantos años. El proceso de mejora es evidente, pero algunos escollos tradicionales persisten. Entre ellos destacan la exagerada atomización de contenidos, la patente desvinculación, cuando no contradicción, entre ellos y su aparente desconexión con los objetivos globales de la formación. Tampoco se ha superado la extraña dicotomía *cientificidad/ profesionalidad*, ni apenas se comparten espacios de encuentro o reflexión en los que dialogar y discutir seriamente desde marcos teóricos distintos. Es posible que las cosas sean así porque tienen que ser así y, a tenor de la historia, se puede pensar que las situaciones de crisis, que en otras disciplinas se presentan de forma esporádica y acaban por solucionarse, en la psicología no sólo sean irresolubles sino que constituyan su estado normal. Como quiera que sea, hoy por hoy para atender y profundizar mínimamente en los contenidos, la atomización parece necesaria. Puede que esto no represente ningún problema para los docentes pero está claro que tal forma de presentación desorienta considerablemente a los estudiantes, dificulta su proceso de aprendizaje y les impide entender el sentido de cada parte del programa en el conjunto de su carrera.

En estas condiciones la inclusión de programas de historia, el conocimiento de sus contenidos y las habilidades que desarrolla son imprescindibles.

En definitiva la historia es la única materia a través de la que los estudiantes pueden obtener una visión global de la disciplina, entender la relación entre procesos, teorías, métodos, modelos, paradigmas, técnicas e intervenciones, situar los distintos marcos teóricos, y hacerse cargo de las muchas y justificadas razones por las que seguimos hablando de psicología en lugar de hablar de psicologías como si se tratara de varias ciencias. Esto es así porque la historia, a la vez que permite comprender la trama lógica que subyace a tanta disparidad, presenta un conjunto sistemático en el que todos los contenidos se ordenan y vinculan entre sí y procura una perspectiva sólida, amplia e integradora de la psicología.

Pero además, el conocimiento histórico suministra al estudiante las herramientas conceptuales necesarias para la formación del pensamiento científico, para que pueda valorar críticamente cada una de las distintas opciones posibles y fundar su actividad en bases más firmes y realistas que las derivadas de tradiciones, creencias o afinidades que no por bellas son menos peligrosas. Como ser humano y como profesional el estudiante ha de situarse discriminada y responsablemente en y frente a la comunidad profesional de la que va a formar parte, cuyas características e identidad sólo se le hacen inteligibles precisamente en la perspectiva y trayectoria histórica. De esta forma, además de hacerse con los contenidos, las competencias propiamente históricas y obtener información útil para irse orientando hacia la elección de un ámbito de trabajo o de las sendas para continuar su formación, se prepara para reconocerse como psicólogo y asumir la cuota de responsabilidad que, como protagonista del presente y agente del futuro de la psicología, le corresponde.

Con todo, hay que reconocer que es posible hacer ciencia con ignorancia absoluta de la historia. Sin embargo, también es verdad que no se puede actuar con acierto o valorar el alcance y consecuencias de las acciones profesionales sin la capacidad de reflexión crítica y la cultura acerca del propio quehacer que proporciona el conocimiento histórico.

A mi entender, la tendencia a sustituir la fundamentación del saber por la utilidad y las ventajas del mismo, que al parecer tiene bastantes adeptos, resulta de confundir pragmatismo con practicidad. De hecho, desde ese punto de vista, la formación de científicos y profesionales podría reducirse fácilmente al entrenamiento en el uso de instrumentos aptos para la resolución de problemas propuestos por otros agentes sociales. El resultado previsible sería el empobrecimiento cultural, profesional y moral del mundo científico, la confusión entre tecnología y ciencia, y, lo que es peor, la renuncia a los objetivos propios de la actividad universitaria.

Si esto sería grave para cualquier ciencia, para la psicología, por cuya continuidad, unidad y autonomía tanto y tantos han luchado, sería letal. Tanto más por cuanto dada su naturaleza, de no oponer resistencia, sería relativamente fácil que se fragmentara, se disgregara, y pieza por pieza fuera absorbida por viejas disciplinas o reemplazada por otras más nuevas y prometedoras,